

ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

José María Arguedas



A su memoria

En el centenario de su nacimiento - Enero 18 de 1911

El 18 de enero del año 1911, nació en Andahuaylas, departamento de Apurímac, Perú, quien habría de ser uno de los más grandes escritores peruanos del siglo XX, además de etnólogo, antropólogo, ensayista, aunque tardíamente reconocido en su verdadero valor.

Su vida, en gran parte sufriente sobre todo en la etapa de su niñez -"sombria infancia la suya", dice el prologuista de "Los Ríos profundos" Blas Matamoro- pero también con períodos de depresión anímica y pensamientos suicidas en el transcurrir de su existencia, hasta su muerte, -acaecida por su propia mano el 2 de diciembre de 1969-, nos conmueve a la vez que ejerce una especie de fascinación como su obra, porque vida y obra están fuertemente ligadas, de tal modo que a través de una conocemos la otra: parte de su vida está reflejada en esa novela casi autobiográfica de la etapa de niño huérfano de madre y escolar inteligente, personalizada en el niño Ernesto de "Los Ríos profundos", dejado en un colegio religioso hasta su adolescencia por su itinerante padre con el cual desea volver a reunirse en algún lugar más acogedor, donde no deba vivir como espectador y participe a su pesar, de las iniquidades cumplidas por la pandilla en que se han organizados sus compañeros, y la falsa benevolencia de los curas incapaces de contener las acciones relativas al mal descubrimiento del sexo, los odios, las agresiones, las guerras internas, muchas veces sangrientas.

Su infancia con los indios lucanas y la lengua quechua.-

El Ernesto de "Los Ríos Profundos", personaje de ficción por exigencias de la novelística, nos invita a ocuparnos del personaje real, José María Arguedas, de su vida desde su infancia, en continuo traslado de un lugar a otro dentro de su país, por la profesión judicial de su padre -convertido en abogado itinerante, después de haber sido depuesto de su cargo de juez en Cuzco por razones políticas-. Con apenas tres años, quedó huérfano de su madre, que murió en 1914. Blas Matamoro expresa que fue condenado a una "perdurable orfandad", ya que cuando su padre contrajo un nuevo matrimonio, sin dejar de transitar, dejó a su hijo al cuidado de su nueva mujer y un hermanastro. Pero la nueva familia despreciaba al niño y lo obligaba a vivir con la servidumbre indígena, disimulando esta marginación sólo cuando su padre venía a verlo. En un prólogo de su autoría, incluido en el libro "Yawar Fiesta", escrito algunos años antes de la publicación del libro, expresa a propósito de esa circunstancia: *"Una bien amada desventura hizo que mi niñez y parte de mi adolescencia transcurriera entre los indios lucanas; ellos son la gente que más amo y comprendo"*. Cabe decir que esa incomprensible marginación fue un favor que le hizo la falsa familia. Pero fue de esos favores que no se puede agradecer, claro está, porque no se hacen con la intención de favorecer. José María y su hermano Arístides convivieron con los indios y estudiaron sus costumbres. Ese amor y comprensión que declara José María perduraría en él, así como el amor a la lengua quechua, idioma que, no siendo él indígena, es el único idioma que habló durante sus ocho primeros años, hasta que empezó su educación escolar, etapa en que aprendió el español.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

El surgimiento de su vocación.-

Omitiremos los detalles de su trayectoria en lo que corresponde a los puestos importantes que le fueron asignados, de carácter público y privado, seleccionando la mención a sus estudios secundarios y universitarios que le permitieron trabajar como profesor de castellano y erigirse como el eminente escritor, antropólogo, etnólogo, poeta, dueño de un ejemplar estilo de exposición en todas las áreas en las que incursionó: en todos sus escritos asoma el lirismo de su alma.

Tempranamente se despertó en él la afición literaria al leer un poema de González Prada y en 1921 comienza a escribir versos y relatos. En 1931, comienza su carrera de letras en la Universidad de San Marcos, Lima. Al año siguiente muere su padre y se ve obligado a vender baratijas al quedar en la pobreza, pero sin abandonar su producción, logrando publicar en revistas literarias sus escritos no sólo puramente literarios sino también sobre antropología indígena, etnografía y variedad de temas. No fue indiferente a las situaciones políticas por las que atravesaban los pueblos del mundo. Adhirió a la República Española y participó en manifestaciones estudiantiles que le valieron su encarcelamiento en la prisión llamada El Sexto, donde permaneció desde noviembre de 1937 a octubre de 1938, y sobre lo cual escribió la novela que lleva el nombre de esa prisión, de la cual dice en su primera edición: "Comencé a redactar esta novela en 1957; decidí escribirla en 1939", aclaración que comenta Mario Vargas Llosa en el prólogo de la edición de 1973 diciendo que "muestra una vez más, cómo en esa operación de rescate y conjuro de determinadas experiencias que es una ficción, el novelista necesita una cierta perspectiva temporal para trabajar con libertad los materiales que le impone la vida".

Pero su pasión y casi devoción la constituyó su amor y sufrimiento por la vida y los despojamientos de que fueron objeto los indios, y lo que entendió que debía hacer era ocuparse en dar a conocer el drama de los pueblos del sur andino, a través de relatos, cuentos, ensayos, novelas, en fin, en escritos donde la lengua quechua adquiriera categoría universal auxiliada con el castellano.

Su obra.- Su primer libro y su prólogo.-

Su primer libro incluye tres relatos: Agua, Los escolares y Warma Kuyay. (Amor de Niño)

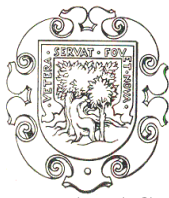
Su primera novela fue "Yawar Fiesta", publicada por primera vez en 1945, y considerada por Mario Vargas Llosa como su novela mejor.

En 1950 él había escrito un artículo que se incluye en la 2ª edición chilena de junio de 1973 (Editorial Universitaria de Chile) como prólogo de la novela, por cuya inclusión elogia al director de la colección, en una breve nota preliminar ("prólogo de prólogo", dice en la última línea de la nota). En ésta expresa, al comienzo, que la novela es la culminación de la "búsqueda de un estilo en que el milenario idioma quechua lograra transir el castellano y convertirse en un instrumento de expresión suficiente y libre para reflejar las hazañas, el pensamiento, los amores y odios del pueblo andino de ascendencia hispanoindia.

Este prólogo, dividido en cuatro secciones, nos da información prolija de la intensa y sostenida labor de pensamiento sobre cómo dar cumplimiento a esa aspiración expresada en la Noticia preliminar y cómo llegó a lograrla.

Ya expresa su desacuerdo con quienes consideran que sus novelas "Agua" y "Yawar Fiesta" son indigenistas o indias. "Y no es cierto", dice firmemente, porque ellas tratan de la "inquietante y confusa realidad" del Perú andino, de la cual el indio es tan sólo uno de los muchos y distintos personajes.

Yawar Fiesta trata de los llamados "pueblos grandes", capitales de provincia de la sierra. En ellos distingue claramente cinco tipos de personajes: *"el indio; el terrateniente de corazón y mente firmes, herederos de una tradición secular que inspira sus actos y da cimiento a su doctrina; el terrateniente nuevo tinterillesco y politiquero, áulico servil de las autoridades; el mestizo de pueblo,*



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

que en la mayoría de los casos no sabe adónde va: sirve a los terratenientes y actúa ferozmente contra el indio, o se hunde en la multitud, bulle en ella, para azuzarla y descargar su agresividad, o se identifica con el indio, lo ama y sacrifica generosamente su vida por defenderlo; el quinto personaje es el estudiante provinciano que tiene dos residencias, Lima y su pueblo: este tipo generalmente mesiánico cuya alma arde entre el amor y el odio; este elemento humano tan noble, tan tenaz, tan abnegado, que luego es engullido por las implacables fuerzas que sostienen el orden social contra el cual se laceró y gastó su aliento”.

Menciona también a las autoridades que “cabalgan” sobre aquellos personajes y según su maldad, indiferencia, o rara buena intención, conmueven a los pueblos que marchan en diferentes direcciones “con pasos violentos o rutinarios.”-

Y luego alude al provinciano que migra a la capital, al principio en invasión silenciosa, luego en forma precipitada: indios, mestizos y terratenientes, que emigran a Lima, van dejando los pueblos vacíos o inactivos, “desangrándose”. En la capital, indios y mestizos viven al principio en la miseria de barrios sin luz, sin agua y casi sin techo y transformándose de a poco algunos en obreros o empleados regulares.

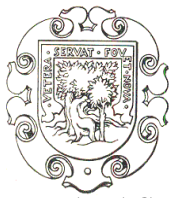
De todo este confuso conglomerado social resuelve exhibir Arguedas su alma, El alma de esa comunidad perteneciente a cuatro barrios de Puquio, “*lo lúcido y lo oscuro de su ser; la forma cómo la marea de su actual destino los desconcierta incesantemente, cómo tal marea, bajo una aparente definición de límites, los obliga a un constante esfuerzo de acomodamiento, de reajuste, a permanente drama*”. Y se pregunta ¿“Hasta cuándo durará la dualidad trágica de lo indio y lo occidental en esos países descendientes del Tahuantinsuyo y de España? ¿Qué profundidad tiene ahora la corriente que los separa? Una angustia creciente oprime a quien desde lo interno del drama contempla el porvenir. Este pueblo empecinado – el indio – que transforma todo lo ajeno antes de incorporarlo a su mundo, que no se deja ni destruir, ha demostrado que no cederá sino ante una solución total”.

El otro bando, es aun más complejo: los antiguos terratenientes carecen de escrúpulos de conciencia “*manejan los puños, blanden el garrote e hincan las espuelas, duramente: son los dueños*”. Por su parte, los estudiantes y los “progresistas” los miran con odio, pero ellos, los dueños, aun temiéndolos, ni dudan ni ceden; y a esas clases se agregan otras gentes a menudo enemigas entre sí, desde el mestizo inestable hasta el militante revolucionario.

“*Son muchos esos personajes y la definición de sus distintas almas no puede quizá hacerse sino a través de la novela*”, concluye. Claro está: un estudio sociológico, por ejemplo, debe manejarse con ciertas categorías, conceptos generales que dejan en sombra la riqueza de esos corazones de los individuos que sufren, aman, odian, ríen, lloran, cantan sus huaynos guerreros o de amor, y modulan sus poemas, los indios, en esa lengua quechua que amó desde niño José María. Y que se propuso elevarla a lengua literaria por la conjunción con la española.

Afirma haber narrado la vida de todos esos personajes de un “pueblo grande” de la sierra peruana “*con pureza de conciencia, con el corazón limpio, hasta donde es posible que esté limpio el corazón humano*”. En cambio aclara que “Agua” sí lo escribió con odio, un odio puro acerca de un mundo en el que existen “dos bandos enfrentados con implacable crueldad, uno que esquilma y otro que sangra”.

Si la lengua castellana servía para expresar los íntimos trances, su historia personal, no era suficiente para la “*interpretación de las luchas de la comunidad*”: su espíritu llegó a impregnarse con el del pueblo que hablaba el quechua, y se desató así la búsqueda de un estilo que tuviera alcance universal. “*Muchas esencias que sentía como las mejores y legítimas no se diluían en los términos castellanos contruídos en la forma ya conocida. Era necesario encontrar los sutiles desordenamientos que harían del castellano el molde justo, el instrumento adecuado. Y como se trataba de un hallazgo estético, él fue alcanzado como en los sueños, de manera imprecisa*”.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Confiesa haber escrito los primeros capítulos de Yawar Fiesta muchas veces para volver cada vez al punto de partida: la solución bilingüe, “*trabajosa, cargada de angustia*”.

¿En qué idioma se debía hacer hablar a los indios en la literatura?... Yo resolví el problema creándoles un lenguaje castellano especial... ¡Pero los indios no hablan en ese castellano ni con los de lengua española ni mucho menos entre ellos! Es una ficción: los indios hablan en quechua... Los que van de otras regiones a residir en las aldeas y pueblos del sur tienen que aprender el quechua: es una necesidad ineludible... Yo, ahora tras dieciocho años de esfuerzos, estoy intentando una traducción castellana de los diálogos de los indios... Haber pretendido expresarse con sentido de universalidad a través de los pasos que nos conducen al dominio de un idioma distinto, haberlo pretendido en el transcurso del salto, esa fue la razón de la incesante lucha. La universalidad pretendida y buscada sin la desfiguración, sin mengua de la naturaleza humana y terrena que se pretendía mostrar, sin ceder un ápice a la externa y aparente belleza de las palabras”.

Dice en el párrafo siguiente que el proceso al que se ha referido concluyó en la novela “Los ríos profundos”, que en general es considerada como su obra maestra, (a diferencia de la opinión de Mario Vargas Llosa). Opina que era el fin lógico que el castellano fuera “*el medio de expresión legítima del mundo peruano de los Andes, noble torbellino en que espíritus diferentes, como forjados en estrellas antípodas, luchan, se atraen, se rechazan y se mezclan, entre las más altas montañas, los ríos más hondos, entre nieves y lagos silenciosos, la helada y el fuego*”.

Se me comprenderá que recurra a “entrecomillados” y transcripciones literales de este hermoso prólogo, pero estoy convencida de que nadie podría expresar mejor que él mismo lo que significó para él esta lucha librada apasionadamente para expresar y difundir el alma de los pueblos andinos peruanos. El considera ese proceso como “*problema del espíritu, de la cultura, en estos países en que corrientes extrañas se encuentran y durante siglos no concluyen por fusionar sus direcciones, sino que forman estrechas zonas de confluencia, mientras en lo hondo y lo extenso las venas principales fluyen sin ceder, increíblemente*”.

Y como final de este prólogo una protesta y un agradecimiento:

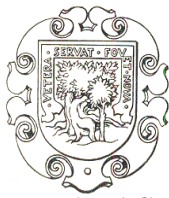
“Y por qué llamar indigenista a la literatura que nos muestra el alterado y brumoso rostro de nuestro pueblo y nuestro propio rostro, así atormentado? Bien se ve que no se trata sólo del indio. Pero los clasificadores de la literatura y el arte caen frecuentemente en imperfectas y desorientadoras conclusiones. No obstante les debemos agradecer por habernos obligado a escribir esta especie de autoanálisis, o confesión, que lo hacemos en nombre de quienes han de padecer y padecen el mismo drama de la expresión literaria en estas regiones”.

J.M. Arguedas

Para no abusar del espacio propio de un ensayo y darle a éste la extensión admisible para una revista cultural, seleccionaré de cinco libros que me han permitido conocer esta figura emblemática de la literatura americana, algunos pasajes magistrales, y algunos comentarios.

Los Ríos Profundos.-

Leyéndolo y conociendo los hechos reales, no concuerdo con Matamoro en convertir al padre de Ernesto (protagonista de la novela pero que representa al propio José María) en un mal padre, considerando a Ernesto como “abandonado por su padre como un inclusero”. En la historia real el abogado cuzqueño Víctor Manuel Arguedas, rescató a sus hijos, que habían huido de la familia que los maltrataba, especialmente al niño, y llegó a transitar con José María por distintos pueblos de la sierra hasta establecerse en Abancay. El fragmento que elijo muestra la cualidad de escritor de José María, al referirse a ese peregrinaje: En los viajes realizados con su padre, la capacidad de observación y su sensibilidad se manifiesta en fragmentos referidos a zonas de la naturaleza como éste, por ejemplo:



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

“Las grandes piedras detienen el agua de esos ríos pequeños, y forman los remansos, las cascadas, los remolinos, los vados. Los puentes de madera o los puentes colgantes y las oroyas, se apoyan en ellos. En el sol brillan. Es difícil escalarlas porque casi siempre son compactas y pulidas. Pero desde esas piedras se ve cómo se remonta el río, como aparece en los recodos, cómo en sus aguas se refleja la montaña. Los hombres nadan para alcanzar las grandes piedras, cortando el río llegan a ellas y duermen allí. Porque de ningún otro sitio se oye mejor el sonido del agua. En los ríos anchos y grandes no todos llegan hasta las piedras. Sólo los nadadores, los audaces, los héroes; los demás, los humildes y los niños se quedan; miran desde la orilla, cómo los fuertes nadan en la corriente donde el río es hondo, cómo llegan hasta las piedras solitarias, cómo las escalan, con cuánto trabajo, y luego se yerguen para contemplar la quebrada, para aspirar la luz del río, el poder con que marcha y se interna en las regiones desconocidas”.

Este es uno de los tantos fragmentos que engalanan el libro y en general toda la literatura salida del sentimiento de admiración que despierta la naturaleza pujante y arisca que los viajes con su padre le han hecho disfrutar y que ahora, en el colegio de curas, se trasmuta en nostalgia.

Yawar Fiesta.-

En el primer capítulo de Yawar Fiesta “Pueblo indio”, contra quienes llaman así con desprecio a Puquío, antes un pueblo entero de indios, y hoy sufriendo el despojo por parte de los mistis (los poderosos) contestan los aludidos manifestando el desprecio por los costeños: *“Pero en la costa no hay abras, ellos no conocen sus pueblos desde lejos... ¡Ver a nuestro pueblo desde una abra, desde una cumbre donde no hay saywas (montículo mágico) de piedra, y tocar en quena o charango, o en rondín, un huayno (canción indígena) de llegada. Ver a nuestro pueblo desde arriba, mirar su torre blanca de cal y canto, mirar el techo rojo de las casas, sobre la ladera, en la loma o en la quebrada, los techos donde brillan anchas rayas de cal; mirar en el cielo del pueblo, volando, a los killinchos y a los gavilanes negros, a veces al cóndor que tiende sus alas grandes en el viento; oír el canto de los gallos y el ladrido de los perros que cuidan los corrales. Y sentarse un rato en la cumbre para cantar de alegría. Eso no pueden hacer los que viven en los pueblos de la costa”.* Aquí se manifiesta, por un lado esa especie de maniqueísmo que distingue entre la costa depositaria del mal, mirando al “extranjero” (sic) y la montaña con sus pasajes, sus arroyos y sus picos como miradores de su terruño, que se solaza y canta de alegría con su música siempre presente hasta en los episodios más dramáticos.

Los 11 capítulos de esta novela van desarrollando el drama de este pueblo para terminar con un desgarrador episodio en el último, que da nombre a la novela: la fiesta en que enloquece la multitud queriendo ser espectador de la corrida de toros acostumbrada en determinada fecha 28 y que, aunque prohibida, se realizaba lo mismo, quedando siempre algún indio y el toro destrozados mientras cantos de mujeres se escuchaban festejando la sangría o pidiendo clemencia al toro: (traducido del quechua) *“¡Ay toro, toro/ cornea pues/ mata pues/ toro, toro”* o *“¡Ay toro, toro/ cómo has de cornear/ cómo has de matar/ toro, toro”.*

(Arguedas estudió mucho el folklore indígena y llegó a componer letras para algunos haynos, además de serios estudios. No es una fase menor de su trabajo, al punto que fue designado Conservador General de Folklore en el Ministerio de Educación, luego Jefe de la Sección Folklore, Bellas Artes y Despacho del mismo Ministerio y finalmente jefe de Estudios Etnológicos del Museo de la Cultura Peruana, todo esto entre los años 1947 y 1953 año en que comenzó a publicar la revista Folklore Americano).

El Sexto.-

De esta novela me limito a aconsejar el prólogo de Mario Vargas Llosa, (Barcelona 1973) que con un estilo claro y ameno, como debería ser el de todos los grandes escritores, creadores o críticos, nos invita a la lectura del libro para compartir o disentir en fructuoso diálogo, con las opiniones sobre los méritos de esta obra de su compatriota a quien admira profundamente sin abdicar de su sentido



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

crítico. Vale la pena transcribir el último párrafo: “*De todos modos, aun con estas limitaciones, el libro por su rica emotividad, sus hábiles contrastes y sus relámpagos de poesía, deja al final de la lectura, como todo lo que Arguedas escribió, una impresión de belleza y de vida*”.

Señores e Indios.-

Parecido consejo respecto al prólogo de Angel Rama a este libro, un ensayo sobre casi toda la producción de Arguedas, de la que destaca la musicalidad de su prosa. “*La canción popular se incorpora de lleno a su narrativa, invadiendo cuentos y novelas hasta el punto de que algunos parezcan ilustraciones de un determinado poema popular*”. “... *las canciones contribuyen a potenciar la tendencia lírica que invade el relato presuntivamente realista, dando la nota más alta de una graduación de tonalidades en que sitúa la composición...*” (Dice mucho más pero ya cuento con poco espacio)

“**Relatos completos**” (Alianza Editorial, Madrid 1983-1088 ed. póstuma).-

Reúne 13 cuentos, de los que me permito señalar los que más he disfrutado: ‘Warma Kuyay’ (Amor niño), ‘Hijo solo’ y más especialmente ‘El sueño del pongo’, impreso en modalidad bilingüe: páginas pares, en quechua, impares, traducidas al castellano, y con un final inesperado e ingenioso. Y en casi todos la música con o sin instrumento, porque la naturaleza toda puede cantar: aves, piedras, agua de los arroyos, hojas de los árboles serranos, el viento, las personas, especialmente las mujeres, etcétera, en las más diferentes circunstancias, sean trágicas o risueñas, rituales, bélicas, amoratorias: una imaginaria impresionante.

Añado como final un poema escrito en quechua y traducido al español que he encontrado en Internet titulado QUE GUAYASAMIN (En quechua IMAN GUAYASAMIN)

¿Desde qué mundo, Guayasamin, tu fuerza se levanta?/
Paloma que castiga/ sangre que grita/
¿Desde qué tiempos se hicieron tus ojos que descubren/
los mundos que no se ven/ tus manos que
el cielo incendian?/
Escucha, ardiente hermano,/ El tiempo del dolor/
de los días que hieren,/ de la
noche que hace llorar,/ del hombre que come hombres,
para la eternidad lo fijaste/ de modo que
nadie será capaz de removerlo,/ lo lanzaste no sabemos hasta qué límites./
Que llore el hombre/ que beba el suavísimo aliento de la paloma/
que coma el poder de los vientos,/ en tu nombre./
Wayasamin es tu nombre;/ el clamor de los últimos hijos del sol,
el tiritar de las sagradas águilas que revolotean
Quito,/ sus llantos, que acrecentaron las nieves eternas,
y ensombrecieron aún más el cielo. No es sólo eso:/
el sufrimiento de los hombres en todos los pueblos;/
Estados Unidos, China y el Tawantinsuyo/
todo lo que ellos reclaman y procuran./
Tú, ardiente hermano/ gritarás todo esto/ con
voz aún más poderosa/ e incontenible que el Apurímac./
Está bien, hermano,/ está bien, Oswaldó.

Agradezco a Julia Galemire la oportunidad que me ha proporcionado de enriquecerme espiritualmente, leyendo y escribiendo sobre José María Arguedas. Escrito a pedido de esta exquisita poeta para su inclusión en su revista Tertulia, y en razón de dificultades para su edición, solicité a Julia su incorporación a la página web de la Academia, corporación que en reunión plenaria ha aceptado de este modo participar también en el homenaje a tan paradigmática figura de las letras hispanoamericanas.

Angelita Parodi de Fierro